
El Pago

Baldomero Lillo

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 4507

Título: El Pago

Autor: Baldomero Lillo

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 4 de octubre de 2019

Fecha de modificación: 4 de octubre de 2019

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Pago

Pedro Maria, con las piernas encojidas, acostado sobre el lado derecho, trazaba a golpes de piqueta un corte en la parte baja de la vena. Aquella incision que los barreteros llaman *circa* alcanzaba ya a treinta centímetros de profundidad, pero el agua que se filtraba del techo i corria por el bloque llenaba el surco cada cinco minutos, obligando al minero a soltar la herramienta para estraer con ayuda de su gorra de cuero aquel sucio i negro líquido que, escurriéndose por debajo de su cuerpo, iba a formar grandes charcas en el fondo de la galeria.

Hacia algunas horas que trabajaba con ahinco para finiquitar aquel corte i empezar la tarea de desprender el carbon. En aquella estrechísima ratonera el calor era insoportable, Pedro Maria sudaba a mares i de su cuerpo, desnudo hasta la cintura, brotaba un cálido vaho que con el humo de la lámpara formaba a su alrededor una especie de niebla cuya opacidad, impidiéndole ver con precision, hacia mas difícil la dura e interminable tarea. La escasa ventilacion aumentaba sus fatigas, el aire cargado de impurezas, pesado, asfixiante, le producía ahogos i accesos de sofocacion i la altura de la labor, unos setenta centímetros escasos, solo le permitia posturas incómodas i forzadas que concluian por entumecer sus miembros ocasionándole dolores i calambres intolerables.

Apoyado en el codo, con el cuello doblado, golpeaba sin descanso i a cada golpe el agua de la cortadura le azotaba el rostro con gruesas gotas que herian sus pupilas como martillazos. Deteníase entonces por un momento para desaguar el surco i empuñaba de nuevo la piqueta sin cuidarse de fatiga que engarrotaba sus músculos, del ambiente irrespirable de aquel agujero, ni del lodo en que se hundia su cuerpo, acosado por una idea fija, obstinada, de estraer ese dia, el último de la quincena, el mayor número posible de carretillas; i esa obsesion era tan poderosa, absorbía de tal modo sus facultades, que la tortura física le hacia el efecto de la espuela que desgarrá los hijares de un caballo desbocado.

Cuando la *circa* estuvo terminada, Pedro Maria sin permitirse un minuto de

reposito se preparó inmediatamente a desprender el mineral. Ensayó varias posturas buscando la mas cómoda para atacar el bloque, pero tuvo que resignarse a seguir con la que habia adoptado hasta allí, acostado sobre el lado derecho, que era la única que le permitia manejar la piqueta con relativa facilidad. La tarea de arrancar el carbon que a un novicio le pareceria operacion sencillísima requiere no poca maña i destreza, pues si el golpe es mui oblicuo la herramienta resbala, desprendiendo solo pequeños trozos, i si la inclinacion no es bastante el diente de acero rebota i se despunta como si fuese de mazapan.

Pedro Maria empezó con brio la tarea, atacó la hulla junto al corte i golpeando de arriba a abajo desprendiéronse de la vena grandes trozos negros i brillantes que se amontonaron rápidamente a lo largo de la hendidura; pero a medida que el golpe subia, el trabajo hacíase mui penoso. En aquel pequeño espacio no podia darse a la piqueta el impulso necesario, estrechada entre el techo i la pared, mordía el bloque débilmente, i el obrero, desesperado, multiplicaba los golpes, arrancando solo pequeños pedazos de mineral.

Un sudor copiosísimo empapaba su cuerpo i el espeso polvo que se desprendia de la vena, mezclado con el aire que respiraba, se introducía en su garganta i pulmones produciéndole accesos de tos que desgarraban su pecho dejándole sin aliento. Pero golpeaba, golpeaba sin cesar, encarnizándose contra aquel obstáculo que hubiera querido despedazar con sus uñas i sus dientes. I enardecido, furioso, a riesgo de que dar allí sepultado, arrancó del techo un gran tablon contra el cual chocaba a cada instante la herramienta.

Una gota de agua, persistente i rápida, comenzó a caerle en la base del cuello i su fresco contacto le pareció en un principio delicioso; pero la agradable sensacion desapareció mui pronto para convertirse en un escozor semejante al de una quemadura. En balde trataba de esquivar aquella gotera que, escurriéndose ántes por el madero, iba a perderse en la pared i que ahora abrasaba su carne como si fuera plomo derretido.

Sin embargo, no cejaba con su tenaz empeño i miéntras el carbon se desmoronaba amontonándose entre sus piernas, sus ojos buscaban el sitio propicio para herir aquel muro que agujereaba hacia ya tantos años, que era siempre el mismo, de un espesor tan enorme que nunca se le veía el fin...

Pedro Maria abandonó la faena al anochecer i, tomando su lámpara i arrastrándose penosamente por los corredores, ganó la galeria central. Las corrientes de aire que encontraba al paso habian enfriado su cuerpo i caminaba quebrantado i dolorido, vacilante sobre sus piernas entorpecidas por tantas horas de forzada inmovilidad...

Cuando se encontró afuera sobre la plataforma, un soplo helado le azotó el rostro i sin detenerse, con paso rápido descendió por la carretera. Sobre su cabeza grandes masas de nubes oscuras corrian empujadas por un fuerte viento del septentrion, en las cuales el plateado disco de la luna, lanzado en direccion contraria, parecia penetrar con la violencia de un proyectil, palideciendo i eclipsándose entre los densos nubarrones para reaparecer de nuevo, rápido i brillante, a traves de un fujitivo desgarron. I, ante aquellas furtivas apariciones del astro la oscuridad huia por unos instantes, destacándose sobre el suelo sombrío las brillantes manchas de las charcas que se cuidaba de evitar en su prisa de llegar pronto i de encontrarse bajo techo, junto a la llama bienhechora del hogar.

Transido de frio, con las ropas pegadas a la piel, penetró en el estrecho cuarto. Algunos carbones ardian en la chimenea i delante de ella, colgados de un cordel se veian un pantalon i una blusa de lienzo, ropa que el obrero se puso sin tardanza, tirando la mojada en un rincon. Su mujer, le habló entónces, quejándose de que ese dia tampoco habia conseguido nada en el despacho. Pedro Maria no contestó, i como ella continuase explicándole que esa noche tenia que acostarse sin cenar, pues el poco café que habia, lo destinaba para el dia siguiente, su marido la interrumpió, diciéndole:

—No importa, mujer, mañana es dia de pago i se acabarán nuestras penas.

I rendido, con los miembros destrozados por la fatiga, fué a tenderse en su camastro arrimado a la pared. Aquel lecho compuesto de cuatro tablas sobre dos banquillos i cubiertas por unos cuantos sacos, no tenia mas abrigo que una manta deshilachada i sucia. La mujer i los dos chicos, un rapaz de cinco años i una criatura de ocho meses, dormian en una cama parecida, pero mas comfortable, pues se habia agregado a los sacos un jergon de paja.

Durante aquellos cinco dias trascurridos desde que el despacho les cortó los víveres las escasas ropas i utensilios habian sido vendidos o empeñados; pues en ese apartado lugarejo no existia otra tienda de

provisiones que la de la Compañía en donde todos estaban obligados a comprar mediante vales o fichas al portador.

Mui pronto un sueño pesado cerró los párpados del obrero, i en aquellas cuatro paredes reinó el silencio, interrumpido a ratos por las rachas de viento i lluvia, que azotaban las puertas i ventanas de la miserable habitacion.

La mañana estaba bastante avanzada cuando Pedro Maria se despertó. Era uno de los últimos dias de Junio i una llovizna fina i persistente caia del cielo entoldado, de un gris oscuro i ceniciento. Por el lado del mar una espesa cortina de brumas cerraba el horizonte, como un muro opaco que avanzaba lentamente tragándose a su paso todo lo que la vista percibia en aquella direccion.

Bajo el zinc de los corredores, entre el ir i venir de las mujeres i las locas carreras de los niños, los obreros con el busto desnudo, friccionábanse la piel briosamente para quitarse el tizne adquirido en una semana de trabajo. Ese dia destinado al pago de los jornales era siempre esperado con ansia i en todos los rostros brillaba cierta alegria i animacion.

Pedro Maria, terminado su tocado semanal, se quedó de pié un momento apoyado en el marco de la puerta, dirijiendo una mirada vaga sobre la llanura i contemplando silencioso la lluvia tenaz i monótona que empapaba el suelo negruzco, lleno de baches i de sucias charcas. Era un hombre de treinta i cinco años escasos pero, su rostro demacrado, sus ojos hundidos i su barba i cabello entrecanos le hacian aparentar mas de cincuenta.

Habia ya empezado para él la época triste i temible en la que el minero ve debilitarse, junto con el vigor físico, el valor i las enerjias de su efímera juventud.

Despues de haber contemplado un instante el triste paisaje que se desenvolvía ante su vista, el obrero penetró en el cuarto i se sentó junto a la chimenea donde en el tacho de hierro hervía ya el agua para el café.

La mujer, que habia salido, volvió, trayendo pan i azúcar para el desayuno. De ménos edad que su marido estaba ya mui ajada i marchita por aquella vida de trabajos i de privaciones que la lactancia del pequeñuelo habia hecho mas difícil i penosa.

Terminado el mezquino refriero, marido i mujer se pusieron a hacer cálculos sobre la suma que el primero recibiría en el pago i, rectificando una i otra vez sus cuentas, llegaron a la conclusión de que pagado el despacho les quedaba un sobrante suficiente para rescatar i comprar los utensilios de que la necesidad les había obligado a deshacerse. Aquella perspectiva los puso alegres i, como en ese momento comenzase a sonar la campana de la oficina pagadora, el obrero se calzó sus ojotas i seguido de la mujer que, llevando la criatura en brazos i el otro pequeño de la mano, caminaba hundiendo sus pies desnudos en el lodo, se dirigió hacia la carretera, uniéndose a los numerosos grupos que marchaban a toda prisa en dirección de la mina.

El viento i la lluvia que caía con fuerza les obligaba a acelerar el paso para buscar un refugio bajo los cobertizos que rodeaban el pique, los que muy luego fueron insuficientes para contener aquella abigarrada muchedumbre.

Allí estaba todo el personal de las distintas faenas, desde el anciano capataz hasta el portero de ocho años, estrechándose unos a otros para evitar el agua que se escurría del alero de los tejados i con los ojos fijos en la cerrada ventanilla del pagador.

Después de un rato de espera el postigo de la ventana se alzó, empezando inmediatamente el pago de los jornales. Esta operación se hacía por secciones, i los obreros eran llamados uno a uno por los capataces que custodiaban la pequeña abertura por la que el cajero iba entregando las cantidades que constituían el haber de cada cual. Estas sumas eran en general reducidas, pues se limitaban al saldo que quedaba después de deducir el valor del aceite, carbón i multas i el total de lo consumido en el despacho.

Los obreros se acercaban i se retiraban en silencio, pues estaba prohibido hacer observaciones i no se atendía reclamo alguno, sino cuando se había pagado al último trabajador. A veces un minero palidecía i clavaba una mirada de sorpresa i de espanto en el dinero puesto al borde de la ventanilla, sin atreverse a tocarlo, pero un:

—¡Retírate! imperioso de los capataces le hacía estirar la mano i cojer las monedas con sus dedos temblorosos, apartándose en seguida con la cabeza baja i una expresión estúpida en su semblante trastornado.

Su mujer le salía al encuentro ansiosa preguntándole:

—¿Cuanto te han dado?

El obrero por toda respuesta abría la mano y mostraba las monedas y luego se miraban a los ojos quedándose mudos, sobrecoídos y sintiendo que la tierra vacilaba bajo sus pies.

De pronto algunas risotadas interrumpieron el religioso silencio que reinaba allí. La causa de aquel ruido intempestivo era un minero que viendo que el empleado ponía sobre la tablilla una sola moneda de veinte centavos, la cojió, la miró un instante con atención como un objeto curioso y raro y luego la arrojó con ira lejos de sí.

Una turba de pilletes se lanzó como un rayo tras la moneda que había caído, levantando un ligero penacho en mitad de una charca, mientras el obrero, con las manos en los bolsillos, descendía por la carretera sin hacer caso de las voces de una pobre anciana que con las faldas levantadas corría gritando con acento angustioso:

— ¡Juan, Juan! pero él no se detenía y muy pronto sus figuras macilentas, azotadas por el viento y por la lluvia desaparecieron arrastradas, a lo lejos, por el torrente nunca exhausto del dolor y la miseria.

Pedro María esperaba con paciencia su turno y cuando el capataz exclamó en voz alta

— ¡Barreteros de la Doble! se estremeció y aguardó nervioso, con el oído atento a que se pronunciase su nombre, pero las tres palabras que lo constituían no llegaron a sus oídos. Unos tras otros fueron llamados sus compañeros y al escuchar de nuevo la voz aguda del capataz que gritaba:

— ¡Barreteros de la Media Hoja! un calofrío recorrió su cuerpo y sus ojos se agrandaron desmesuradamente. Su mujer se volvió y le dijo, entre sorprendida y temerosa:

— No te han llamado, ¡Mira! Y como él no respondiese empezó a jemer, mientras mecía en sus brazos al pequeño que aburrido de chupar el agotado seno de la madre se había puesto a llorar desesperadamente.

Una vecina se acercó:

— ¿Qué no lo han llamado todavía?

l como la interpelada moviese negativamente la cabeza, dijo:

— Tampoco a éste, señalando a su hijo, un muchacho de doce años, pero tan paliducho i raquitico que no aparentaba mas de ocho.

Aquella mujer, jóven viuda, alta, bien formada, de rostro agraciado, rojos labios i blanquísimos dientes, se arrimó a la pared del cobertizo i desde ahí lanzaba miradas fulgurantes a la ventanilla tras la cual se veian los rubios bigotes i las encarnadas mejillas del pagador.

Pedro Maria, entretanto, ponía en tortura su majin haciendo cálculos tras cálculos pero el obrero como tantos otros que se hallaban en el mismo caso echaba las cuentas sin la huéspedea, es decir, sin la multa imprevista, sin la disminucion del salario o el alza repentina i caprichosa de los precios del despacho.

Cuando se hubo acercado a la ventanilla el último trabajador de la última faena, la voz ruda del capataz resonó clara i vibrante:

— ¡Reclamos!

l un centenar de hombres i de mujeres se precipitó hacia la oficina todos ellos estaban animados por la esperanza de que un olvido o un error fuese la causa de que sus nombres no aparecieran en las listas.

En primera fila estaba la viuda con su chico de la mano. Acercó el rostro a la abertura i dijo:

— José Ramos, portero.

— ¿No ha sido llamado?

— No, señor.

El cajero recorrió las páginas del libro i con voz breve leyó:

— José Ramos, 26 dias a veinticinco centavos. Tiene un peso de multa. Queda debiendo cincuenta centavos al despacho.

La mujer roja de ira, respondió:

— ¡Un peso de multa! ¿Por qué? ¡l no son veinticinco centavos los que

gana sino treinta i cinco!

El empleado no se dignó contestar i con tono imperioso i apremiante gritó a traves de la ventanilla:

— ¡Otro!

La jóven quiso insistir, pero los capataces la arrancaron de allí i la empujaron violentamente fuera del círculo.

Su naturaleza enérgica se sublevó, la rabia la sofocaba i sus miradas despedían llamas.

— ¡Canallas, ladrones!, pudo exclamar despues de un momento con voz enronquecida. Con la cabeza echada atras, el cuerpo erguido, destacándose bajo las ropas húmedas i ceñidas los amplios hombros i el combado seno, quedó un instante en actitud de reto, lanzando rayos de intensa cólera por los oscuros i rasgados ojos.

— ¡No rabies, mujer, mira que ofendes a Dios!, profirió alguien burlonamente entre la turba.

La interpelada se volvió como una leona

— ¡Dios!, dijo, para los pobres no hai Dios!

I lanzando una mirada furiosa hacia la ventanilla, exclamó:

— ¡Malditos, sin conciencia, así se los tragará la tierra!

Los capataces sonreían por lo bajo i sus ojos brillaban codiciosamente contemplan a la real hembra. La viuda arrojó una mirada de desafío a todos i volviéndose hacia su chico, que con la boca abierta miraba embebecido una banda de gaviotas que volaban en fila, destacando bajo el cielo brumoso su albo plumaje, como una blanca cinta que el viento empujaba hacia el mar, le gritó, dándole un empellon

— ¡Anda, bestia!

El impulso fué tan fuerte i las piernas del pequeño era tan débiles que cayó de bruces en el lodo. Al ver a su hijo en el suelo los nervios de la madre perdieron su tension i una crisis de lágrimas sacudió su pecho. Se inclinó

con presteza i levantó al muchacho, besándolo amorosamente i secando con sus labios las lágrimas que corrian por aquellas mejillas pálidas a las que la pobreza de sangre daba un tinte lívido i enfermizo.

A Pedro Maria le habia llegado el turno i aguardaba mui inquieto junto a la ventanilla. Miéntras el cajero volvia las páginas el corazon le palpitaba con fuerza i la angustia de la incertidumbre le estrechaba la garganta como un dogal, de tal modo que cuando el pagador se volvió i le dijo:

— Tienes diez pesos de multa por cinco fallas i se te han descontado doce carretillas que tenian tosca. Debes, por consiguiente, tres pesos al despacho.

Quiso responder i no pudo i se apartó de alli con los brazos caidos i andando torpemente como un beodo.

Una ojeada le bastó a la mujer para adivinar que el obrero traia las manos vacias se echó a llorar balbuceando, miéntras apretaba entre sus brazos convulsivamente la criatura:

— ¡Virjen santa, qué vamos a hacer!

I cuando su marido adelantándose a la pregunta que veia venir le dijo:

— Debemos tres pesos al despacho, la infeliz redoblo su llanto al que hicieron coro mui pronto los dos pequeñuelos. Pedro Maria contemplaba aquella desesperacion mudo i sombrio, i la vida se le apareció en ese instante con caracteres tan odiosos que si hubiera encontrado un medio rápido de librarse de ella lo habria adoptado sin vacilar

I por la ventanilla abierta parecia brotar un hálito de desgracias, todos los que se acercaban a aquel hueco se separaban de él con el rostro pálido i convulso, los puños apretados, mascullando maldiciones i juramentos. I la lluvia caia siempre, copiosa, incesante, empapando la tierra i calando las ropas de aquellos miserables para quienes la llovizna i las inclemencias del cielo eran una parte mui pequeña de sus trabajos i sufrimientos.

Pedro Maria, taciturno, cejijunto, vió alejarse su mujer e hijos cuyos harapos adheridos a sus carnes flácidas les daban un aspecto mas miserable aun. Su primer impulso habia sido seguirlos, pero la rápida vision de las desnudas i frias paredes del cuarto, del hogar apagado, del

chico pidiendo pan, lo clavó en el sitio. Algunos compañeros lo llamaron haciéndole guiños espresivos, pero no tenía ganas de beber; la cabeza le pesaba como plomo sobre los hombros i en su cerebro vacío no había una idea, ni un pensamiento. Una inmensa laxitud entorpecía sus miembros i habiendo encontrado un lugar seco se tendió en el suelo muy pronto un sueño pesado lleno de imágenes i visiones extraordinariamente extrañas i fantásticas, cerró sus párpados.

Él soñó que estaba allá abajo, piqueta en mano, atacando la vena i cosa rara le parecía que aquella masa oscura, quebradiza como el cristal, no tenía la consistencia de otras veces. Sacudió la lámpara para ver mejor i su extrañeza desapareció. No era carbon, ni otro mineral cualquiera lo que hería la acerada punta de la herramienta, sino una masa rojiza, blanda-jelatinosa. Entonces, sintió que una vívida claridad penetraba en su cerebro: aquello era el sudor, la sangre i las lágrimas vertidas por las generaciones de mineros, sus antepasados, en los corredores de la mina i por los que aun poblaban sus infernales pasadizos. Él sin asombro vió que el sudor que brotaba de su cuerpo era de color de púrpura i que poco a poco tomaba el tinte i consistencia del extraordinario filon.

Luego la visión se transformó i se encontró delante de un inmenso crisol donde era arrojado el extraño mineral que dejaba escapar por una abertura de su parte inferior un chorro dorado que saltaba como una cascada, esparciéndose en áureos arroyuelos por los campos.

Al contacto del oro la tierra se estremecía i, como al golpe de una varilla mágica, brotaban de su seno palacios i moradas espléndidas en cuyas estancias resplandecientes como el día, innumerables parejas se entrelazaban al acompasado son de voluptuosas danzas.

De pronto los bailes i las músicas cesaron i una luz extraña, rarísima, iluminó los aposentos. Los diamantes que brillaban en los cabellos i gargantas de las mujeres se desprendieron de sus engarces i rodaron como lágrimas por los niveos hombros i senos de las hermosas, haciéndolas estremecerse con su húmedo contacto. Los rubíes dejaban al caer manchas sangrientas sobre los rejios tapices. Él las paredes, las escalinatas, los bronces i los mármoles, tomaron un tinte rojo, violáceo, horrible, parecían de sangre coagulada.

Mientras Pedro María contemplaba aquella brusca transformación, una espantable turba se abalanzó sobre los edificios: eran esqueletos que con

su garfiados dedos despedazaban esos templos de la fortuna i el placer, arrancando trozos que se adherian a sus osamentas convertidos en jirones de carne palpitante.

A medida que los esqueleto se vestian de aquella estraña manera, adquiriendo sangre i músculos, los palacios se desvanecian desmenuzados por aquellos millares de tenazas i acerados garfios. Nada restaba de las soberbias moradas, ni los cimientos. I cuando hubo desaparecido el último escombros, la última piedra, solo quedó en aquel sitio una muchedumbre de viejos, de jóvenes i niños tiznados i sucios.

El obrero se despertó súbitamente. Los cobertizos estaban desiertos i las gotas de lluvia modulaban su alegre sinfonia, escurriéndose rápidas por el alero de los tejados.

Baldomero Lillo



Baldomero Lillo Figueroa (Lota, Región del Biobío; 6 de enero de 1867- San Bernardo, Región Metropolitana de Santiago; 10 de septiembre de 1923) fue un cuentista chileno, considerado el maestro del género del realismo social en su país.

Fue hijo de José Nazario Lillo Robles y de Mercedes Figueroa; fue sobrino del poeta Eusebio Lillo Robles, y hermano de Samuel Lillo,¹ otro escritor chileno, ganador del Premio Nacional de Literatura en 1947.

Gracias a las experiencias acumuladas en las minas de carbón pudo escribir una de sus obras más famosas, Subterra, que retrata la vida de los mineros de Lota, y en particular en la mina Chiflón del Diablo. Parte importante de su obra fue publicada después de su muerte.